

do lo que creían su deber decir; cuando un Rodolfo Walsh lo dijo, lo eliminaron cínicamente al otro día. Esto, Liliana, no nos da a los de afuera ninguna jerarquía con respecto a los que siguen en el país; simplemente, aquellos que un día decidan decir lo que verdaderamente piensan, tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria. Hay y habrá, claro, lenguajes cifrados en la Argentina, muchas cosas se dicen hoy entre líneas, y eso ya es mucho; pero ese tipo de comunicación críptica no va más allá del círculo que conoce las claves, y escapa por completo al lector de la calle y del vasto interior, ese lector que en cambio comprendería tan bien los últimos cuentos de Humberto Constantini que, por supuesto, serán publicados en México y no en Buenos Aires.

Tenés toda la razón, Liliana, no somos ni héroes ni mártires; una vez más somos gente barrida afuera o aplastada adentro. Discutir estas cosas entre nosotros es perder un tiempo que no pierden los que nos barren y nos aplastan; por eso no te he contestado para polemizar, como creo que tampoco vos me escribiste para eso. Una vez en un club de aficionados de provincia vi a dos boxeadores que se sublevaron al mismo tiempo contra el árbitro y le anunciaron que le iban a romper la cara si no los dejaban seguir como les daba la gana en vez de pararlos y censurarlos a cada momento. Así, Liliana, así creo que vamos a seguir todos nosotros desde afuera y desde adentro; el ring es grande, y al árbitro lo conocemos de sobra.

Julio Cortázar

Respuesta de Liliana Heker*

Cortázar: la etimología de la palabra «polémica» no modifica su connotación actual, que la aproxima más a la controversia que a la guerra. El hecho de que usted deteste esa palabra («...“polémica” se emparenta con “polemos”, la guerra, y por eso detesto la palabra») no de-

bió impedirle advertir que en mi nota «Exilio y literatura» (*El Ornitorrinco*, N.º 7) se ponían en discusión algunas cuestiones: 1) el rol que debe o no corresponderle a un escritor bajo un régimen militar como el que actualmente gobierna la Argentina; 2) si, en términos de eficacia, pesa más el cómodo ejercicio de la libertad en el auto-exilio o el ejercicio riesgoso de una libertad restringida en el medio que se pretende modificar; 3) el alcance de las expresiones «exilio» y «exilio cultural».

Yo basaba mi nota en algunas opiniones suyas de «América latina: exilio y literatura» (*Eco*, N.º 205), con las que no coincidía y que citaba rigurosamente. Si a su vez usted hubiera discutido mi texto nos habríamos aproximado un poco más a la verdad. En eso reside la virtud de las polémicas; nadie las gana o las pierde, ni matan a nadie, como ocurre con las guerras: permiten conocer una opinión y sus objeciones.

No se trataba de romper sillas («...para que los lectores se relaman las fauces anticipando sillas rotas, tirones de camiseta y otras demostraciones propias de intelectuales ansiosos de verdad»). «Romper sillas», «darse tirones de camiseta», son expresiones que aluden más a la sensibilidad futbolística que a la confrontación de ideas entre escritores que disienten entre ellos. Tampoco se trataba de responderle a una cordial interlocutora imaginaria, como usted en definitiva hizo. Vale decir: usted eludió la discusión.

En su «Carta a una escritora argentina» no hay una sola cita ni una sola síntesis rigurosa de mis palabras; tampoco, el menor indicio de que las haya leído con atención. En cambio, su retórica sugiere una misteriosa polemista que escribe movida por sentimientos personales («...te alegrás de que yo haya tomado partido...», «...te molesta que yo haya explicado con cierto detalle...», «...parecés creer que he buscado sumarme ahora...»); una polemista bastante original ya que, en términos generales, está de acuerdo con las opiniones que pretende cuestionar («...se me ocurre que no tenías demasiadas críticas que hacer-

* *Premeditadamente eludo el tuteo en mi respuesta. Por razones cronológicas resulta natural que Cortázar utilice este tratamiento para dirigirse a mí. La recíproca, en cambio, conferiría a mi texto un tono algo ajeno al carácter que pretendo darle a mi respuesta. Esta no es una carta personal: es un texto en el que se discute, no sólo con Cortázar, cuál debe ser la militancia de un escritor en el país que eligió como suyo.*

me...», «...el hecho de que apruebes mi punto de vista general...», «...anula casi totalmente tus discrepancias colaterales...»).

Pero el caso es que en todo mi artículo no he expresado un solo sentimiento personal; le propongo que los busque atentamente. Es más, recurrir a sentimientos personales cuando se está tratando una cuestión ideológica indica endeblez en los argumentos, o demagogia. Y además, yo no apruebo su punto de vista general; al contrario: uno de los asuntos que discuto en particular es el punto de vista de su texto, el que usted haya abordado el problema del exilio considerándose a sí mismo un exiliado¹. Lo que sí destaqué es la intención general de ese texto. Dos veces: en el cuarto párrafo y en el párrafo final. Concretamente escribí: «Su intención general no sólo no es imputable sino que puede considerarse generosa (...); propone la no utilización del exilio como disvalor, sino como conversión lúcida en una acción positiva, en un estímulo creador». Y en el párrafo final: «Y a nosotros, acá, nos toca hacer aquello que Cortázar, ahora sí con toda su lucidez de escritor, recomienda a los latinoamericanos residentes en Europa: sumergimos en nuestra situación y volverla un hecho positivo». Ahora que tiene esta nueva oportunidad de leerme, tal vez advertirá a qué queda reducida la «tremenda contradicción entre el principio y el final de tu artículo». Cuidemos los adjetivos, Cortázar. Una contradicción no se vuelve más contradictoria porque se la califique de «tremenda». Si además esa contradicción no existe, hay derecho a pensar que usted a veces utiliza las palabras como meros ruidos.

El hecho, supuesto por usted, de aprobar yo el punto de vista general (yo escribí «intención») de su artículo anularía casi totalmente las discrepancias colaterales. Esa apreciación suya es puramente subjetiva. Las cuestiones que usted considera «colaterales» —y que constituyen el tema central de mi discusión— son las que atañen a la actitud que, a través de la historia, han venido asumiendo en todos los países los escritores con conciencia nacional: entender que la literatura y el pensamiento cumplen un rol dentro de un proceso muy vasto y complejo, en el que participa todo el pueblo, y que es a los intelectuales a quienes corresponde definir el signo y la gravitación de ese rol, y resistir y oponerse a una «cultura» impuesta por el orden dominante.

¿Estas cuestiones le parecen colaterales? Pero tal vez eso no tendría que sorprendernos. En 1951 a usted le desagradó la realidad del peronismo; no intentó entender esa realidad ni modificarla; simplemente se fue a París. Nadie lo echó, no huyó por motivos políticos: se fue. Queda muy claro, y usted lo admite, que no era un exiliado, y también queda muy claro que no consideraba la cuestión nacional como asunto suyo. En treinta años, usted sin duda ha modificado su concepción general del mundo: viajó a Cuba, dice haber optado por el socialismo, se adhirió a los movimientos de liberación. Pero nunca volvió a la Argentina. Por último, ya hace años, eligió nacionalizarse francés. La historia de lo que usted enfáticamente llama «mi pueblo» seguía sin parecerle asunto suyo. Ciertamente, sí, una vez volvió: en abril de 1973 visitó nuestro país. En esa oportunidad nos confesó a la gente de *El escarabajo de oro* que no entendía la realidad argentina. Es natural: un país, visto de cerca, es complejo. Desde 1951 hasta 1973 habían pasado muchas cosas: obreros, intelectuales, políticos, estudiantes, habían actuado, habían sido silenciados, habían disentido, habían retrocedido o avanzado, habían ido modificando con sus actos la realidad nacional hasta llevarla a esa situación de abril de 1973 que usted consideró favorable para visitarnos. En esa época se adhirió de hecho al proceso que estaba viviendo la Argentina. Publicó una novela, *Libro de Manuel*, que de ninguna manera estaba a la altura de sus mejores textos, pero que yo misma defendí como opción (*El escarabajo de oro*, N.º 46, 1973). Ese libro no valía por su poder modificador ni como hecho artístico; su valor circunstancial residía en demostrar tácticamente que Julio Cortázar, uno de nuestros mejores narradores actuales y muy leído por la derecha, Cortázar, que empezó publicando en *Sur*, había roto manifiestamente con la derecha.

Ese libro era una adhesión. Y, si me permite definir su conducta, yo diría que en general usted actúa de ad-

¹ Usted me dice: «...si en el artículo que citás se me fue eso de que el exilio "sólo se me ha vuelto forzoso en los últimos años" lamento la patinada involuntaria...». Ocurre, sin embargo, que en su texto usted hace quince menciones a su condición de exiliado. Dice, entre otras cosas: «Nos han expulsado de nuestras patrias...». Como verá, resulta muy difícil atribuir su autodenominación de exiliado a una «patinada involuntaria».

herente. Apoya movimientos, se manifiesta partidario, se solidariza. Ese es un rol legítimo, sin duda, y le permite hacer pesar su prestigio. Y sus privilegios. En efecto, le guste a usted o no, su situación es de privilegio: escritor no exiliado, no habitante de un país sometido, difundido internacionalmente y además, ahora, casi francés. No sé del caso de muchos argentinos que se hayan ubicado en una situación tan cómoda para luchar por «su pueblo». Pero, si usted quiere, admitamos que en eso, en la impune lejanía que usted ha elegido, resida su eficacia. La suya.

Lo curioso es que ahora, en virtud del riesgo que otros hombres han corrido por quedarse en su patria, y aun de la muerte de otros hombres, usted convierte su vivir en París en una —la— elección combativa: usted ahora es un escritor con conciencia nacional que ha elegido el mejor camino. El único posible, al parecer. Lo recomiendo a los otros escritores argentinos. Escribe: «Simplemente, aquellos que un día decidan decir lo que verdaderamente piensan, tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria».

Quiero señalar tres puntos de ese párrafo:

1) El uso de «nosotros». ¿En qué legión se está enrolando mediante el pronombre «nosotros»? ¿En la de los escritores argentinos que desde hace treinta años viven en París? ¿En la de los escritores argentinos que, ante la deprimente situación nacional, han decidido vivir más cómodos en el extranjero? ¿En la de los poquísimos escritores argentinos que, profundamente ligados siempre a la realidad nacional, ha debido irse por razones políticas concretas? La aclaración sería importante ya que su carta, como usted mismo lo advierte, está destinada a lectores extranjeros, quienes, al no tener referencias, darán a su frase cualquier sentido, o el sutilmente heroico (¡ah, «polemos!») que desliza su retórica. «Tendrán que reunirse con nosotros» implicaría una orden militar, llegar en pelotón a esa especie de puesto de avanzada de la literatura nacional, puesto en el que usted ya se ubicó irrevocablemente por la gracia del pronombre «nosotros». Usted ya lo ha elegido; ahora, los valientes tendrán que seguirlo. No es la única vez que usted se ampara en el «nosotros». En la respuesta que le da a Julio Huasi, y que publicó en parte *Reportaje a la cultura* (N.º 2), dice: «¿Dónde están, quiénes son los verdaderos exiliados? ¿Nosotros, dispersos en el planeta, o todo un pueblo priva-

do de sus mejores artistas y escritores?». Acá, la expresión «nosotros, dispersos en el planeta» confiere a su situación particular un dramatismo que, al aplicarlo a su situación real, resulta un poco cómico. Y no voy a enumerar por ahora a todos los dramaturgos, narradores, poetas, actores, directores de teatro, pintores y músicos que actualmente viven en la Argentina porque la sola expresión que usted utiliza, «los mejores», dentro de la cual se enrola, es tan megalómana que no necesita ser refutada². En cambio le voy a recordar que «todo el pueblo» siempre ha estado privado de sus mejores artistas y escritores. Y no sólo por la censura. Esa es una de las razones por las que ciertos escritores decidimos quedarnos: porque es este país nuestro el que queremos cambiar. Esta realidad —un pueblo real que no tiene acceso a la cultura, gente que a veces no tiene para comer, desocupados, desaparecidos por los que nadie responde, hombres a los que echan del trabajo por plegarse a un paro—, todo esto es la realidad nacional. ¿Se puede, a la vez, elegir afrontarla y elegir vivir en París? Quizá. Pero, ¿se debe?

2) La expresión «decir lo que verdaderamente piensan». Usted escribe: «...aquellos que un día decidan decir lo que verdaderamente piensan tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria». Y yo le pregunto: ¿a quién se lo van a decir entonces? Cito lo que ya escribí: «¿Qué sentido tiene, para un escritor nacional, testimoniar su verdad si no va a ser leída por aquellos, fundamentalmente sus compatriotas, para quienes esa verdad está destinada? La escritura como acto político necesita el receptor adecuado, no es un grito en el vacío ni tiene un valor absoluto: su valor es circunstancial y, por lo tanto, debe estar inmersa en la circunstancia sobre la que pretende actuar». Su planteo sobre la escritura de sus textos políticos es exactamente el opuesto del que yo propongo: usted desplaza al receptor en beneficio del derecho de Cortázar a decir lo que se le ocurra. Pero decir lo que a uno se le ocurre no es lo mismo que tener lucidez política. Usted escribe: «...yo no tengo por qué escribir así puesto que mis artículos se publican en mu-

² Sin entrar por ahora en consideraciones de eficacia política, le recuerdo que en la actualidad viven en la Argentina escritores como Borges o Sábato o Bioy Casares o Mujica Láinez. Este hecho hace que su juicio taxativo sea, por lo menos, discutible.